

todo de amor y de unidad. Pues ser hijo en casa de Dios, ¿qué mayor dicha? ¿Qué felicidad será ser hijo donde lo es suma ser siervo? Muy ancho nombre venía al mayor santo del mundo el ser esclavo de tan gran Señor y omnipotente Dios; pero ser hijo, ¿qué bien es éste? ¿Pues qué quiere decir heredero de Dios, y heredero juntamente con Cristo? ¿Hay quien pueda alcanzar esta dicha? ¿Qué es esto, que tenga un alma derecho a los bienes de Dios e investidura al reino de los cielos?

Dice San Cipriano (5): «Nunca admirará las obras de hombres quien se conociere que es hijo de Dios. Abátese a sí mismo de la cumbre de su generosidad quien después de Dios puede admirar otra cosa.»

Considerad, hombres, qué dignidad es ésta de ser hijos de Dios. Considerad cuánta es en este la caridad de Dios como Padre, y cuánta debe ser la nuestra como de hijos. *Considerad*—dice San Juan (1 Jn., 3)—*cuánta caridad nos dió Dios, que nos nombremos hijos de Dios, y lo seamos*. Son los justos hijos de Dios: no sólo usurpan el nombre, son hijos de Dios propiamente; no como las demás criaturas, que impropriamente se pueden llamar así, mas no es en rigor su padre Dios: sólo de los justos es legítimo Padre; sólo los justos sin impropiedad son hijos de Dios adoptivos. Digno es esto de consideración, digno de agradecimiento y caridad.

Antiguamente se esmeraban tanto los hijos adoptivos en reverenciar, servir y amar a los que los prohibaban, que hicieron ventaja en esto a muchos de los hijos naturales: porque viéndose extraños y que no les debían los padres nada, pero con todo eso, por el amor que en ellos pusieron, les admitieron a su casa, nombre y bienes, tratándoles como hijos, se daban por más obligados que si hubieran salido de sus entrañas, y

(5) Lib. *De Spectaculis*.

era como una ese y clavo que les echaba el amor, tan gracioso y liberal, de quien les prohibió; y así, Casiodoro, hablando de los hijos adoptivos, dice (6): «Cuando los extraños con el vínculo de los ánimos se unen con parentesco, tanta es la fuerza que en este acto hay, que primero querrán morir que hacer algo que parezca de molestia y disgusto de sus padres.»

Por esto, aunque todos los hombres deben morir mil muertes antes que dar disgusto a su Creador, y tienen obligación a ello por ser Dios supremo Señor y Rey de todo; los que están en gracia, por ser hijos adoptivos de su divina Majestad, tienen más especial y rigurosa obligación de no darle en cosa disgusto, sino esmerarse en dar todo contento a su amoroso Padre. Con millones de almas le habíamos de servir, con millones de corazones amar y dar millones de vidas antes que disgustarle con una culpa ligera, no queriendo otra cosa sino tenerle siempre grato y entrañarnos en él, como dijo Atalarico, rey, a su abuelo adoptivo el emperador Justiniano (7): «Metedme en vuestra misma alma, pues que he alcanzado la herencia real; esto es lo que más estimo que el mismo señorío y reino, tener contento a tan grande emperador.» Esto mismo hemos de decir a Dios: Señor, entrañarme en Vos quisiera, y desentrañarme a mí por servirlos; que más estimo tener contento a tan buen Padre, que el mismo reino de los cielos que por herencia me prometéis.

§ 2

Fuera del amor que debemos a nuestro Padre Dios, debemos tener obras de hijos de tal Padre. Escribe San Agustín (8) que Varrón decía ser

(6) Casiod., lib. 8, var. 1.

(7) Lib. 4, var. 2.

(8) *De Civit.*, lib. 3, cap. 4.

cosa muy provechosa a las repúblicas que entendiesen los varones fuertes, aunque fuese falso, que eran hijos de los dioses, para que de esta manera, con fiado el ánimo humano de su linaje divino, presumiese más atrevidamente anhelar a cosas grandes, y las ejecutase con más fervor y resolución, y las acabase con esta seguridad más dichosamente. A Alejandro Magno le fué de gran importancia para sus grandes pensamientos y hechos que fuese tenido por hijo de un dios falso. Gloriense los que están en gracia de ser hijos de Dios verdadero, no falsamente, sino con toda verdad; y anímense a hacer obras de tales.

Alentando Teodorico, rey, a uno que adoptó, a hacer obras dignas de hijo suyo, lo hizo con estas palabras: «Tal persona te adopta, que te estremecerás de su linaje.» ¡Oh almas santas! Tal es quien os prohija y adopta, que os estremeceréis de su grandeza y naturaleza infinita. No un rey de la tierra, no descendiente de Hércules, no de un dios falso de los godos; el mismo a quien tiemblan los ángeles, de quien se estremecen las columnas del cielo, el que es monarca omnipotente del mundo, el Dios verdadero, éste os prohija; haced obras dignas de Dios, temblad y estremecedos aun de un pecado venial. Lejos ha de estar de pensamientos bajos quien es hijo del Altísimo; lejos ha de estar de pensamientos de tierra quien es heredero del cielo; lejos ha de estar de pensamientos humanos quien es divino.

Oigamos lo que dice el mismo Dios a los que están en gracia: *Yo dije: Dioses sois, y todos hijos del Excelso*. Excelsos y altos pensamientos y obras ha de tener quien es hijo de tan alto Señor. Siempre debemos repetir lo que el elevado y divino varón, el P. Baltasar Alvarez, decía: «No queramos degenerar de los altos pensamientos de hijos de Dios.» Hijos de Dios somos, y por eso nos hemos de mirar como unos dioses, pues por la gracia participamos la naturaleza divina, y somos *nueva hechura y criatura de Dios*, que en

los justos habita con modo muy más alto que Epiceto imaginó. Y con todo eso, dice este filósofo esta notable exhortación, que pueden oír todos los cristianos y salirles los colores al rostro, que un gentil hablase mejor que nosotros obremos (9): «Tú—dice—eres una cosa principalísima, derivado de la naturaleza divina, que en ti mismo participas, ¿por qué ignoras tu casa y linaje? ¿No sabes de dónde has venido? ¿Por qué no quieres acordarte cuando comes quién eres tú que estás comiendo y a quién sustentas? Y cuando vives entre otros y conversas con hombres, cuando te ejercitas, cuando razonas, ¿no sabes que sustentas a un Dios, que mueves a un Dios, que llevas contigo un Dios? Ignoras esto, ¡oh miserable! ¿Piensas que hablo de alguna imagen de oro o plata, que exteriormente traes contigo? No digo eso, sino que dentro de ti traes a Dios, el cual no sientes que le profanas, lo cual haces con los pensamientos poco limpios y acciones bajas y torpes. Si una imagen de Dios tuvieras presente, no tuvieras atrevimiento para hacer cosa semejante; pues estando Dios presente en tus entrañas, ¿cómo no te avergüenzas de pensar y hacer tales cosas, olvidado de tu naturaleza?»

Conozca el que está en gracia su dignidad; mire que está en él Dios y que él es hijo de Dios; no haga él propio lo que si hiciera otro delante de sus ojos, tuviera por afrenta; mire lo que es y mire lo que será: es hijo de Dios y heredero del cielo. Esto tengamos siempre fijo en nuestra alma; y como dice San Sixto, Papa (10): «Estas cosas, hermanos míos muy queridos, revolvamos siempre en nuestro corazón; estas cosas meditemos de día y de noche. Grandiosa cosa es ser hijo de Dios; rica y abundante es la posesión de la vida eterna; resplandecer con los rayos del sol, cosa es más esclarecida que la misma clari-

(9) Arrian., lib. 11, cap. 8.

(10) Epist. *De Malis Doct.*

dad; reinar con Dios, cosa es más noble que la misma nobleza; cosa inenarrable es lo que creemos; inmenso es lo que esperamos.»

Conózcase quién es el que está en gracia, y revénciese a sí mismo, y repita muchas veces en su corazón: Hijo de Dios soy, no tengo de hacer obras de diablo; hijo de Dios soy, no tengo de abatirme a gustos de bestia; hijo de Dios soy, no tengo de estimar honra de hombres; hijo de Dios soy, mayor soy que el mundo; hijo de Dios soy, lo que es menos que Dios no dice conmigo; hijo de Dios soy, no ha de ocupar mi corazón lo que no es divino; hijo de Dios soy, respecto de mi dignidad las riquezas del mundo son estiércol; hijo de Dios soy, respecto de esta honra, afrenta es para mí hacer caso de la del mundo; hijo de Dios soy, mi generosidad no ha de admitir deleites viles; me he confesado, ya debo de ser muy otro; hijo de Dios soy, esto tengo de ser eternamente.

Este pensamiento ha de servir como escudo para resistir a todos los tiros de las tentaciones del demonio y de la carne. Cuando te tienta la gula, responde: Hijo de Dios soy, ¿cómo tengo de tener por Dios al vientre? Para más nací que para sujetarme a cosa tan vil. Cuando te tienta la carne, responde: Hijo de Dios soy, ¿cómo me tengo de hacer esclavo del apetito? Cuando te tienta el demonio con ambición de honras, responde: Hijo de Dios soy y heredero del cielo, ¿cómo me tengo de hacer hijo de Lucifer? Derecho tengo al reino de Dios, y toda honra de la tierra es poca para mí; ella en sí es un poco de humo, ¿qué será respecto de mi dignidad? Cuando tu codicia te tienta con riquezas o comodidades superfluas de la tierra, responde: Hijo de Dios soy, a Dios tengo que heredar; bástame esto, esto quiero asegurar, y no quiero en la tierra lo que me pueden quitar las riquezas del cielo.

Verdaderamente, este beneficio debemos tener fijo siempre en nuestro corazón, de que hayamos sido adoptados por hijos de tan infinito Señor, y que esto fuese estando tan lejos de merecerlo nosotros, pues éramos cautivos de Satanás: «No se digna un rey—dice San Crisóstomo (11)—de recibir por soldados a los que son de condición servil; y Dios se digna de recibir por

(11) In cap. 1 Joan.

hijos a los publicanos, a los esclavos y aun a los que son más bajos y viles que esta gente.» Pero lo que más es, que no sólo a los esclavos de los hombres, sino a los que eran esclavos del demonio, adopta por hijos.

Del cielo nos abatió hasta el infierno el padre de nuestra carne, Adán; y del infierno nos ensalzó hasta el cielo el Padre de nuestro espíritu, Jesús. ¿De cuál padre nos hemos de preciar ser hijos, del terreno o del celestial? *Pues trajimos la imagen del terreno, traigamos la imagen del divino.* No sea menos Cristo para nuestro bien que Adán fué para nuestro mal. Despojémonos de la deformidad del viejo hombre, y vistámonos de la hermosura del nuevo, renovando en nosotros la imagen de nuestro Dios y Padre.

Si nos preciamos de hijos de Dios, parezcámonos a Dios. Dios es santo por esencia, seamos santos por gracia; Dios es bueno por naturaleza, seamos buenos por obras; Dios es impecable, seamos justos; Dios es inmutable, seamos constantes; Dios es omnipotente para nuestra salud, seamos fuertes para su servicio; Dios es rey de todo, procuremos reinar en el cielo, que nuestro es.

§ 3

Ultimamente quiero advertir cómo de aqueste beneficio de la adopción resulta gran gloria de Cristo y conocimiento de la gran bondad y liberalidad de Dios, como lo declara Guillermo Parísense (12) con este ejemplo: «Si hubiese un rey entre los hombres, señor de un reino riquísimo y glorioso, y no tuviese más que un hijo, pero el reino fuese de tal condición que por la multitud de herederos no se le disminuyera a alguno la herencia, antes se le acrecentaba al hijo un unigénito grande gloria y lustre, por tener muchos compañeros en la herencia; sin duda que la bondad y largueza de aquel rey llamara a muchos herederos, junto con su hijo y adoptara a muchos hijos; porque así ha acontecido muchas veces entre los hombres, que no teniendo hijos

(12) Wil. Paris, 2 p., 1 p., *De Universo*, cap. 2.

propios, prohijan a los extraños. Ni habrá duda entre los entendidos, sino que hiciera aquel rey lo mismo, aunque tuviera muchos hijos naturales; supuesto que por muchos a quienes hiciera gracia de adoptarles, no se defraudaba nada al hijo unigénito de las riquezas y gloria de su reino, y antes se le aumentaba gran gloria y esplendor extrínseco más de lo que se puede pensar y admirar; pues si de la multitud de la soldadesca y ejército, si de la numerosidad y grandeza de príncipes crece la gloria de un rey, ¿cuánto más servirá la innumerable muchedumbre de reyes celestiales para decencia y gloria del Rey de todos los reyes? Porque si el imperar sobre diez reyes fuera grande gloria, y el mandar a todos los reyes de la tierra, imperando sobre ellos, sería tanto mayor gloria cuanto mayor es el número de ellos, y la potencia de todos los reyes excede a la de diez sólo. la obediencia y sujeción de todos los reyes del cielo, ¿cuánto de mayor gloria será para el *Rey de todos los siglos?*»

¡Oh, cuánta gloria crece con esto al imperio de Cristo, verle Señor en un reino de tan innumerales reyes, que todos le dan mayor gloria y extienden su reino! Gloria suya y de su Padre es que admita muchos hermanos y herederos a su reino y gloria. Pero juntándose tan gran gloria de Cristo y tan gran gloria nuestra, ¿cómo puede haber persona tan vil que no la estime y que se quiera quedar esclavo del demonio antes que ser hijo de Dios?

Considerando San Crisóstomo lo que dice San Juan al principio de su Evangelio, que *dió Dios potestad a todos los que recibiesen a Cristo para hacerse hijos de Dios*, pregunta: ¿por qué no declaró la pena que merecían los que no le recibiesen? Y responde (13): «Por ventura, ¿qué mayor castigo pudiera ser que, estando en su potes-

(13) Homil. 9 in cap. 1 Joan.

tad hacerse hijos, no lo quieran ser, sino que por su propia voluntad se hacen indignos de tan grande nobleza y tan grande honra?» Por cierto que esta infamia e ingratitud a Dios y este desprecio de sus infinitos beneficios habíamos de tener por más horrible cosa que las penas del infierno.

CAPITULO 5

LA ADOPCIÓN DE HIJOS DE DIOS QUE SE HACE POR LA GRACIA ES MÁS EXCELENTE FILIACIÓN QUE LA GENERACIÓN NATURAL ENTRE LOS HOMBRES

§ 1

Es tan grande esta honra que por la gracia tenemos, en ser hijos de Dios, y tan dulce su consideración y tan admirable su modo, que nos ocuparemos en la misma materia por todo este capitulo y el siguiente.

Las obras de Dios son tan extremadas y admirables, que, aun cuando se acomodan a las cosas humanas, las exceden mucho. Hay entre los hombres hijos adoptivos y naturales, y Dios también tiene un hijo natural y muchos adoptivos; pero son tales los hijos adoptivos de Dios, que exceden en el modo de su filiación a los hijos naturales de los hombres. De manera que más participa de Dios un hijo adoptivo suyo, que el hijo natural del hombre que le engendró; y más hechura de Dios es su hijo adoptivo, que es hechura de su padre el hijo natural entre los hombres. Porque así como la generación eterna del Hijo de Dios excede, sin comparación alguna, a la generación de los hombres, pues por ella no comunica el Padre Eterno naturaleza semejante, sino su misma naturaleza, así también la adopción divina de los hijos de Dios excede a la adopción humana con un modo muy excelente y raro.

Toda la adopción de los hombres no es más que reputación, sin ninguna mudanza real del hijo adoptivo a quien el padre adopta. Porque no da intrínsecamente ninguna cosa, no le da más salud, no le da mejor sangre, no mejor temperamento ni disposición corporal, ni participación alguna de su substancia, sino sólo reputa al adoptado por hijo y le da derecho a los bienes extrínsecos que posee. Esto es todo lo que hay en la adopción humana, y es de tanta honra y estimación entre los hombres, y lo fuera también grandísima, aunque no hubiera otra cosa en la adopción y prohiamiento que Dios hace de los que están en gracia. Pero hay mucho más en los prohiados de Dios, porque al que Dios adopta por hijo le mejora interiormente y totalmente renueva, tanto, que le vuelve, como habla San Pablo, *nueva criatura*; hácele participante de su naturaleza divina por la gracia, e infúndele su mismo Espíritu y dale derecho para los bienes intrínsecos de Dios, que es su misma bienaventuranza.

Por lo cual es más excelente el modo de filiación en la adopción de Dios que la generación natural de los hombres. ¿Qué es lo que da el padre al hijo que engendra? No más que un poco de materia. ¿Y qué obra en el hijo? No la materia, no la forma y alma, sino sólo dispone la materia y la une con el alma. Pero cuando Dios adopta a uno por hijo, fuera de darle la participación de su divina naturaleza en la gracia, le da su mismo Espíritu para que habite en él; en lo cual da más Dios al hijo adoptivo que el hombre da al natural. Porque el hombre sólo da a su hijo parte de su sangre, no su alma, que fuera mucho más; pero Dios da su Espíritu mismo a quien prohija. ¿Quién duda sino que sería un excelentísimo modo de engendrar, si un hombre pusiese en otro su misma alma? Pues lo que no puede la flaqueza humana, puede la omnipotencia divina. El hombre no puede traspasar su

alma, pero Dios puede infundir su Espíritu; y así, a quien adopta por hijo, junto con su afecto y amor, le comunica su Espíritu.

Demás de esto, Dios hace en su adopción una *nueva criatura* y nuevo hombre, porque causa la gracia, la cual da nuevo ser. De manera que no causando el hombre, cuando engendra, la forma de su hijo, causa Dios, cuando adopta, la forma de la gracia, con que se hace el hombre hijo adoptivo de Dios.

Por estas excelencias de la adopción de Dios, en que excede a la generación natural de los hombres, no quiso el Espíritu Santo negar a los hijos adoptivos de Dios los modos de hablar con que significa generación, no porque ellos sean hijos naturales de Dios, sino porque exceden a los hijos naturales de los hombres. Por esto los llama *nacidos de Dios y reengendrados*, y a la gracia misma llama *simiente de Dios* (1 Jn., 3, 9).

Todas estas ventajas de la adopción divina nos significó Santiago (c. 1), cuando dijo que *Dios voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad para que fuésemos algún principio de su criatura*; esto es, las primicias y lo principal de todas las criaturas, o como leen otros: *Para que alcancemos el principado entre las criaturas*. Llama el Apóstol al adoptar de Dios *engendrar*, por la razón dicha; porque no es la adopción divina sólo nombre, no reputación solamente, sino nuevo ser, nueva forma, *nueva criatura*, que renueva interiormente al hombre viejo, y repara la primera y antigua fábrica, reformando la imagen de Dios; es nueva obra, más principal y la mayor de las obras divinas, como habla Santo Tomás. No es sólo la adopción de Dios para llamarnos hijos, sino para que lo seamos, haciéndonos de nuevo hechuras suyas, las primeras y las más principales de sus hechuras.

La obligación que por esta segunda formación tenemos se puede colegir por lo que por la primera de-

bemos, por voto de un filósofo gentil, el cual, después de haber dicho que el hombre era obra principalísima, añade (1): «Si fueras una estatua del famoso escultor Fidias, te debieras acordar de ti mismo y de quien te fabricó; y si tuvieras algún sentido, debías con todas tus fuerzas procurar no hacer cosa indigna de tu artífice ni de ti mismo, y no te dejaras ver ni parecieras delante los ojos de hombre alguno con hábito indecente. Pues si el sumo Dios te hizo, ¿cómo no te da cuidado de ti mismo? ¿Cómo no miras cómo pareces delante de los hombres? ¿Y cuánta distancia va de las obras y de los artífices? ¿Qué estatua y obra hay de artífice alguno, que en acabando de hacerse tenga tales facultades y potencias en sí, que las pueda ejercitar con su formación, sino que es o piedra, o bronce, u oro o marfil? Por lo cual, la estatua de Minerva, que hizo Fidias, una vez extendida la mano, se está así parada y sin hacer movimiento alguno para siempre; pero las obras y fábricas de Dios tienen movimiento y espíritu; pueden usar de sentido y no carecen de facultad de estimar y calificar las cosas. Pues como seas obra de tal Artífice, ¿por qué le afrentas? ¿Qué diré? Que no sólo te fabrica Dios, pero te fió de ti mismo solamente, y te mandó lo que debías hacer, y tampoco te acuerdas de esto, antes desprecias y afrentas la tutela de ti mismo, que te cometió. Por ventura, si Dios te encomendara algún niño para que fueses su tutor, ¿desculdaras de él con este menosprecio? Pues a ti mismo te encomienda Dios, diciéndote amorosamente: No tengo otro más fiel a quien te encomiende y encargue de ti, sino a ti mismo. Yo quiero que este pupilo que te encargo, que eres tú mismo, me le guardes, y mires por él como pide su naturaleza, que le conserves casto, fiel, generoso, constante, desembarazado de afectos torcidos, sin perturbación alguna: pues ¿cómo no te encargarás de mirar por ti?»

Todo esto es de aquel filósofo, y todo esto debe el hombre a Dios por la hechura vieja de su naturaleza: ¿qué deberá por la nueva de la gracia? Mil cuidados de sí debe tener el que fué criado por Dios: pues quien es adoptado, ¿qué no deberá? El que es sólo criatura debe no afrentar a su autor; el que es hijo, ¿por qué ha de afrentar a su padre? Por tener espí-

(1) Arrian., lib. 2, cap. 8, pág. 128.

ritu humano debemos ser castos, fieles, generosos, constantes, sin perturbación de pasiones; quien tiene el Espíritu divino, ¿qué debe ser? Los prohiados de los hombres deben a sus padres adoptivos todo agradecimiento, sin ser hechuras suyas; el que es prohiado de Dios, haciéndole la mayor de sus obras y *las primicias de todas las criaturas puras*, ¿qué obligación tendrá de mirar por sí y por la honra de su Padre?

§ 2

Otra grande excelencia de la adopción divina notó el Apóstol Santiago, cuando dijo que el engendrar de Dios por ella fué *voluntariamente*. En lo cual excede mucho la adopción de Dios a la generación de los hombres. Porque un hombre no engendra voluntariamente a otro, en cuanto no está en su voluntad engendrar, ni puede escoger el hijo que quiere; y así lo que deben los hijos a los padres no es su elección y voluntad, sino su sangre solamente; pero Dios, cuando adopta, *voluntariamente* escoge al hijo que quiere, y con elección prohija a uno, dejándose a otros muchos. Lo cual es una notable obligación que tienen los hijos adoptivos más que los naturales, porque éstos no deben la voluntad con que fueron preferidos; los adoptivos, sí. Y pues la voluntad es lo que más se estima en las dádivas, ¿qué se deberá a Dios por su adopción, pues nos da en ella por la gracia mayor beneficio que recibimos por la naturaleza, y juntamente su voluntad?

Por la formación de nuestra naturaleza debemos infinito; por la reformatión de su gracia le deberemos más que infinito; y más haciéndose-nos este beneficio con tanta voluntad, que por hacernos hijos suyos adoptivos no perdonó a su Hijo natural, que perdió su vida por reparar la nuestra.

¿Qué puedo decir a esto, sino lo que dice San

Pedro Crisólogo (2)? «Oh hombre amado con tal extremo de Dios, vuélvete a Dios, entrégate todo a la gloria de Aquel que se entregó todo por ti a la injuria; llama con fiadamente Padre a quien con tanto amor has experimentado serlo tuyo.»

Mira cuán *voluntariamente* te engendró, pues, como dice San Bernardo (3), «no perdonó a su Unigénito porque fueses tú su engendrado. De este modo Él se me ha mostrado Padre, pero yo no me he mostrado hijo. ¿Con qué cara levanto los ojos al rostro de Padre tan bueno, siendo yo tan maldito hijo? Avergüénzome de haber hecho cosas indignas de mi linaje; avergüénzome de haber degenerado de hijo de tan gran Padre». Esto dice San Bernardo, Santo tan penitente, tan contemplativo, tan crucificado al mundo; ¿qué podemos decir nosotros, olvidados de los pensamientos de hijos de Dios, inmortificados, indevotos y tan vivos al amor propio? ¿Qué pueden decir los que con un pecado mortal deshonoran a su Padre e ignominiosamente le apartan de su pecho y echan de su casa?

Fuera de esto, aun comparando la adopción divina con la humana, excede mucho aquélla a esta voluntad. Por lo cual se dice con mucha particularidad que *voluntariamente* nos prohiya Dios; porque si bien es verdad que la adopción humana se hace por voluntad y elección del que adopta, pero supone partes en el adoptado y méritos para aquel favor; mas la elección de la adopción divina los da. Esta notable diferencia va entre el hombre y Dios cuando adoptan: que la adopción humana no hace digno al adoptado, sino le supone; la divina no le supone digno, pero hácele. Aquélla supone méritos; ésta, los da; por lo cual es más voluntaria, así porque da más, como porque halla menos por que dar. ¿Qué pudo Dios hallar en el hombre para poner en él su

(2) Serm. 70.

(3) Serm. 16 in Cant.

amor, su corazón, su gracia y espíritu? Halló en él pecados, miserias, indignidad. No mérito del hombre, no obra buena suya, sino *la buena voluntad de Dios* hace hijos del Altísimo a los que eran miserables esclavos del demonio. Grande voluntad de Dios fué sacarnos de tan bajo estado y ponernos en tan alto orden; grande amor le debemos por esto.

«Levantónos—dice un Doctor (4)—a los que éramos enemigos, indignos de todo bien y benevolencia, y condenados a eternos tormentos; levantónos, no a un estado como quiera, no a la felicidad de la naturaleza angélica, sino a un supremo y divino estado, para que fuésemos hijos de Dios, hijos del Rey eterno, herederos de Dios y herederos juntamente con Cristo, partícipes de su gloria y de todos sus bienes divinos, por lo cual esperamos tanto bien, tanto gozo, tanta gloria, cuanta ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón humano lo puede pensar.»

¡Cuánta fué la voluntad de Dios, hallando tan poco, hacer de tantas maneras mucho, y sin hallar méritos, darlos! Es cosa tan notable esto, que un hombre, antes de ser adoptado de Dios, aunque hiciera todas las buenas obras que son posibles, aunque hiciera todas las penitencias imaginables y padeciera todos los tormentos que han padecido todos los hombres del mundo, y esto lo hiciera, no por un año o dos, sino desde que se crió el mundo hasta que se acabe, no haría obra que cabal y dignamente mereciese la adopción divina, ni en la cual se agradase Dios para darle parte de su reino. Pero una vez adoptado por hijo, es tanta la dignidad que adquiere, que con sólo menear la mano con buena intención, con sólo un pensamiento de Dios, no sólo merece dignamente mayor gracia de adopción, sino la bienaventuranza eterna y ser heredero del reino de Dios: ¡tanto es lo que se gana por

(4) Lessius, lib. 11, *De Perfect. div.*, cap. 11.

esta adopción! ¿A quién no admira que sea cosa tan digna sólo un santo pensamiento de los hijos adoptivos de Dios, que no hay en el mundo premio que le iguale? No tiene Dios con qué pagarle si no es consigo mismo, con entregarse a ser poseído eternamente en el cielo.

Por lo cual el derecho de los hijos adoptivos de Dios no es como el derecho de los hijos adoptivos de los hombres, sino mucho mayor. El derecho de los hijos adoptivos de algún hombre sólo es a los bienes de fortuna y externos de su padre, no a su propia persona ni a los bienes intrínsecos y naturales de él; pero los hijos adoptivos de Dios, por gracia, como no hay bien alguno fuera de Dios que pueda pagar sus obras, y al cual no sobrepuje la gracia, tienen derecho a los mismos bienes naturales y más íntimos de Dios, esto es, a su misma bienaventuranza, que es a la posesión del mismo Dios.

§ 3

También es *más voluntaria* la adopción de Dios que la de los hombres; porque el prohiar de Dios no es por defecto de hijo natural, como lo es la adopción humana, que se introdujo como remedio de la naturaleza y consuelo de la falta de hijos naturales, o por la malicia de ellos. Porque hallándose los hombres sin hijos, suplieron con arte lo que les negó la naturaleza, adoptando por hijos tales personas cuales ellos quisieran fueran los suyos. Otros, aunque tenían hijos naturales, porque no eran como quisieran o no les daban gusto, prohiaron a otros mejores y de más gusto suyo. De suerte que la falta o malicia de los hijos naturales introdujo la adopción entre los hombres.

Pero la adopción divina es totalmente *voluntaria*, porque no tiene Dios falta de Hijo natural, ni su Hijo natural falta de bondad, ni dejó de

dar gusto a su Padre, ni al Padre le falta amor para con su Hijo, en quien sólo se complace sobre todas las cosas más que en todo lo criado. Con todo eso, aquella inmensa bondad y misericordia de Dios quiso voluntariamente escoger a los hombres por hijos adoptivos, no porque eran buenos, sino para hacerlos; no por falta de bondad en su Hijo natural, sino porque de su bondad todos participásemos.

Por complacerse Dios en su Unigénito quiso tener muchos semejantes, y así escogió hijos adoptivos, comunicándoles el espíritu de su Hijo natural. Bien diferentemente que la adopción humana, que, aunque elige hijos, no da espíritu de hijos; mas la divina, como más excelente, escoge hijos y da espíritu de hijos, no como quiera, sino el mismo Espíritu del Hijo natural de Dios. Esto significó el Apóstol Santiago cuando dijo que *voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad*, esto es, por medio y con el Espíritu de su Hijo natural, que es el Verbo Eterno y *Palabra de verdad* del Padre, *resplandor de su gloria y figura de su substancia*.

Lo cual es otra excelencia admirable de la adopción divina, que de todas maneras y modos está llena de amor y favores y dones divinos; porque no sólo esta adopción es en sí un bien incomparable, pero el medio y modo con que se hizo es para quedarse admirados los ángeles de la grande voluntad de Dios y amor que nos tuvo. Porque fuera de prohiarnos por medio de la gracia, que es bien criado, lo hace por medio del Espíritu de su Unigénito Hijo, que es bien increado e infinito. Pues para adoptar a los hombres escogió primero a un Hombre, ensalzóle a que fuera su Hijo natural, derramando en él *toda la plenitud de la Divinidad*, uniendo substancialmente la Humanidad de Cristo a la persona del Verbo Eterno, su Unigénito Hijo natural, comunicando con esto a la humanidad la naturaleza divina. Después, por este Hombre Dios adopta y

hace hijos a todos aquellos que por la fe y Sacramentos se unen con Aquel que ya es Hijo natural de Dios y se injieren en Cristo como los sarmientos en la vid; y luego que uno se junta y se injiere en aquel Hombre Dios, que es Cristo, le vivifica el Espíritu de Cristo, esto es, su dignidad, y así se hace hijo de Dios; porque, como dice el Apóstol, *todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*, porque viven la vida sobrenatural y divina de la gracia con aquel Espíritu con que el mismo Dios y Cristo, su Hijo natural, viven.

Sí bien de diversa manera se comunica este Espíritu. Porque a las Personas divinas se les comunica *por identidad*, esto es, porque ellas son una misma cosa con Él, conviene a saber, con la Divinidad; a la Humanidad de Cristo se comunica *por la unión hipostática*, esto es, por estar unida a la Persona del Verbo; y a los hombres se comunica por una admirable extensión, por la cual, *mediando el don de la gracia*, empieza el Espíritu de Dios a ser nuestro, *habitando en nosotros*, adornándonos, moviéndonos, rigiéndonos y dándonos una vida divina y obrando con él obras divinas y agradables a Dios.

De manera que las Personas divinas viven con este Espíritu naturalmente, y las demás sobrenaturalmente; y así es nuestra vida sobrevital y sobreesencial. Hemos de imaginar al Espíritu y divinidad de Cristo que es como una vida y forma inmensa, que no estrechándose en los términos de su Humanidad, rebosa y se extiende infinitamente; y es bastantísima, no sólo para dar vida divina al alma de la Humanidad de Cristo, sino a todas las almas de los demás hombres que fueren miembros vivos del mismo Cristo y partícipes de sus Sacramentos. De esta manera, procediendo Dios con maravilloso orden, como en todas las cosas, nos trajo a Sí y redujo a un cuerpo y a una cabeza y a una persona, con la cual nos incorporamos, y con cuyo espíritu nos vivi-

ficamos; porque es Cristo cabeza de todos los que están en gracia, y todos los que están en gracia son cuerpo de Cristo, que reciben de Él vida e influjo espiritual. «Y así Cristo es—como habla un doctor (5)—*hipóstasis y subsistencia*, en quien están estribando los justos, el cual sustenta a todos; y el Espíritu que recibió de su Padre, con una maravillosa extensión los vivifica y hace hijos de Dios. De manera que aunque fuesen infinitos los santos, pudiera vivificar a todos.»

Concluye el Apóstol Santiago diciendo que todo esto es *para que seamos el principio de la criatura de Dios*, esto es, la principal y las primicias de las criaturas; porque entre todas ellas las que más estima Dios, y las principales en los ojos divinos, son sus hijos adoptivos. Ecumenio lee: *Para que seamos los primeros y honradísimos*; porque no hay entre todas las criaturas puras cosa primera ni de más honra que ser hijos de Dios. Beda dice: *Para que seamos los mejores de todas las criaturas*. Porque no hay cosa mejor que participe pura criatura que la adopción divina; y por esto, quien es hijo de Dios siempre debe ser mejor, debe ser santísimo, debe ser divino.

CAPITULO 6

INCOMPARABLE GRANDEZA DE LA GRACIA, PUES A LOS HIJOS ADOPTIVOS QUE DIOS POR ELLA PROHIJA LES DA EN SUSTENTO EL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

§ 1

Es tan incomparable y suave este beneficio de la adopción de Dios, que libros enteros se pudieran hacer de esta dulcísima materia sin cansar

(5) Less., *De Perfect. div.*, lib. 11, cap. 11, núm. 75.

a las almas devotas; pero yo pretendo brevedad, y no detenerme todo lo que pide la dignidad de los argumentos que trato; porque ellos son tan grandes, que no es menester más que su noticia para admirarlos.

Con todo eso, no puedo dejar de insistir en éste; porque aunque hemos dicho mucho del inmenso bien que nos trae la gracia con la adopción de Dios, pues nos trae al mismo Espíritu de Dios, con todo eso, subirá mucho de punto la estimación de este beneficio, ver el caso que Dios hace de sus hijos adoptivos. Porque a ley de Padre, debe sustentarlos y mirar por ellos; lo cual hizo tan tierna, tan amorosa, tan espléndida y cumplidamente, que pasmó al mundo la primera vez que lo oyó, de tal manera, que le pareció increíble; pero la grandeza de la liberalidad de Dios había de vencer todo pensamiento y esperanza de los hombres.

Desde que el mundo se crió, no se ha visto tal extremo de amor de padre o madre para con su hijo, no digo adoptivo, pero ni natural ni único, como ha mostrado Dios con sus hijos adoptivos; y aunque todos los ángeles y hombres de más alto y perspicaz ingenio estuvieran pensando hasta el fin del mundo qué extremo y fineza de amor pudiera hacer un padre con su hijo, no les cayera en el pensamiento tal obra como nuestro Padre celestial ejecutó por nosotros, dando para sustento de sus hijos adoptivos la propia carne y sangre de su Hijo natural, Cristo, que es Dios como su Padre, tan infinitamente bueno y santo como el Espíritu Santo. ¿Con qué se pudiera dar más a entender qué cosa era ser hijo adoptivo, que con la majestad y regalo con que le trata Dios, pues le da por leche la sangre preciosísima de Jesucristo, y por pan aquel cuerpo más puro que las estrellas y de infinito valor? ¡Oh grandeza estupenda de los que están en gracia, que por ser hijos de Dios se crían con la sangre de Dios, y se sustentan con su carne!

Es tan grande este bien, que al mismo Dios le pareció grandísimo. Y así, por el Profeta Isaías (60, 15), prometiendo místicamente este favor al alma santa, la dice: *Yo te pondré para soberbia de los siglos, gozo de generación y generación; chuparás la leche de las gentes, y mamarás del pecho de los reyes.* Dijo *soberbia de los siglos*, por el pasmo que es la suma grandeza de este favor y magnificencia de este don; porque en todos los siglos de los siglos, en los pasados y en los por venir, no se verá mayor honra y majestad con que padre haya tratado a hijo, ni más regalada ni más grandiosamente; y si se hubiese de hablar al modo humano, más soberbiamente. Ni ha habido cosa porque *en las generaciones de generaciones* haya de haber mayor gozo, que ver, que para cada día se dé a los hijos de Dios tal leche, que es espanto de las gentes, y que sean criados a tales pechos, que ningún rey los tuvo mejores; porque es a los pechos de Dios, sirviéndoles por leche la sangre del mismo Dios.

Porque no quiso el mismo amor de nuestro Padre celestial que a los hijos naturales hiciese más favor la naturaleza que a sus hijos adoptivos la gracia; antes cuanto tienen más de Dios, y son más hijos los que están en gracia por la adopción divina que los hijos naturales de los hombres por naturaleza, tanto quiso Dios tratar más tierna y amorosamente a sus hijos adoptivos, que la naturaleza a los naturales. Pues ¿cómo habían de sufrir aquellas entrañas divinas que la madre natural sustente a su hijo de sus entrañas y le dé a mamar de su substancia y le alimente con su sangre, sin hacer con sus hijos adoptivos mayor extremo de amor y ternura, y juntamente ostentación de majestad y grandeza, conforme a la dignidad de hijos suyos?

Por eso determinó el Salvador del mundo la mayor obra de amor que fué imaginable, que es dar su sangre por bebida y leche, y sus mismas entrañas en comida y sustento; y no sólo sus en-

trañas, sino toda su substancia y ser, sin dejar parte de su cuerpo y sangre; y con su cuerpo su misma alma y divinidad, y cuanto tiene bueno y es. Porque, según dijo el Profeta: *¿Qué es lo bueno y hermoso que tiene Dios, sino este sustento de escogidos e hijos suyos?* ¿Qué madre natural ha habido, que no teniendo otra cosa, se haya hecho manjar de sus hijos? Antes, «lo que se ha visto, dice San Juan Crisóstomo, es (1) que los padres entreguen a los hijos para que los sustenten otros; pero Yo, dice Cristo, no lo hago así, antes los sustento con mis propias carnes, y a Mí mismo me entrego por comida, porque quiero que seáis generosos, y que concibáis grandes esperanzas para adelante». Vistose han madres que han comido a sus hijos (2), no que sustenten a sus hijos de sus propias carnes. Pero la gracia había de hacer más extremos de amor que la naturaleza.

Verdaderamente es de maravillar cómo junta Dios aquí el mayor amor del mundo y la mayor majestad y ostentación con que trata a sus hijos, venciendo a todos los amores y faustos con que los mayores emperadores han criado a sus primogénitos. Por lo cual llamó Isaías esta magnificencia, *soberbia de los siglos y gozo de las generaciones*, excediendo Dios infinitamente a todo amor natural y entrañas maternas. La madre, con lo que sustenta al hijo es con parte de su sangre, que se le va destilando poco a poco; Cristo con toda su sangre. La madre no sustenta a su hijo con su misma carne; Cristo da su carne y sangre. La madre no da a su hijo por alimento la parte más pequeña de su cuerpo, ni un dedo, ni un artejo; Cristo da todos sus miembros y potencias. Finalmente, la madre no da a su hijo sus entrañas; Cristo da su corazón, sus entrañas, sus manos, sus pies y todo cuanto es.

(1) Homil. 61, *Ad Pop.*

(2) Joseph, *De Bello Jud.*, lib. 7, cap. 8.

¿Y qué va de lo que pueden dar las madres a lo que da Cristo? ¿Qué va de sangre de persona humana a sangre de persona divina? Una gota de sangre de Cristo es cosa de más valor que cielo y tierra, que todas las almas de los hombres y todos los espíritus de los ángeles. ¿Qué magnificencia es ésta, que sustente Dios a sus hijos con manjar tan precioso? ¿Que se dé en sólo un bocado a los hijos de Dios más que valen todas las riquezas del mundo, más que todos los bienaventurados del cielo? La leche y sustento que Dios da a sus hijos como niños recién nacidos, conforme al Apóstol San Pedro, es el don más liberal y magnífico del mundo.

La mayor magnificencia que se lee haber sucedido en convites, fué de Clodio (3), que dió a cada convidado a comer una preciosísima margarita. Y porque la reina de Egipto se quiso comer sobre cena millón y medio, y se sorbió desleída una prodigiosa perla que valía la mitad, espantó a la soberbia de los romanos. Pero no tiene que ver esto con lo que Dios da en un trago o bocado a sus hijos, que con razón, por significarlo vivamente Isaías, dijo que era *soberbia de los siglos*, esto es, tal magnificencia, que no se ha visto en siglo alguno semejante, ni se verá.

Oigamos qué magnificencia sea ésta, como lo dice Santo Tomás por estas palabras (4): «Todo lo que el mismo Dios es y tiene juntamente con el Espíritu Santo, lo dió aquí en sumo grado. No hay cosa en el mundo fuera de la naturaleza corporal, y espiritual, y divina. La corporal encierra en sí todo lo que se percibe por los sentidos. La espiritual contiene los ángeles y las almas humanas, y todos los dones espirituales y virtudes. Y la naturaleza divina comprende en sí, naturalmente, lo que es perfectísimo. Pues'cuando nos concedió Dios Padre el Cuerpo y Sangre de su

(3) Plin., lib. 9, cap. 35; Val. Max., lib. 9, cap. 1.

(4) Opusc. 69, *De Beatitudine*, cap. 2.

Hijo en el Santísimo Sacramento, entonces nos dió la naturaleza corporal subida de punto, esto es, en lo sumo que pudo; y cuando juntamente nos dió su alma, entonces nos dió la substancia espiritual, también en lo sumo que pudo; porque el alma de Cristo es más perfecta en la santidad que todos los ángeles y almas santas. Además de esto nos dió toda la naturaleza divina, que contiene en sí entera y naturalmente todo bien. Y esto, no sólo una o dos veces en toda la vida, sino en todo tiempo y lugar que por cualquier sacerdote, bueno o malo, fuere ofrecido aquel saludable sacrificio, tantas veces se da Dios Padre con el Espíritu Santo a gozar todo a cada alma.»

Tan preciosa leche da Dios a sus queridos hijos, tan suntuosamente sustenta a sus prohijados, con tanta majestad y magnificencia trata a sus adoptivos, para que conozca el hombre que se ha confesado cómo ha de estimar la gracia y la dignidad de hijo de Dios que ha recibido; y cuando se llega a comulgar, mire a qué pechos llega con sus labios, mire qué sustento tan rico y precioso le dan, que es, no sólo todo lo precioso del mundo, sino *todo lo precioso de Dios*; mire qué cosa hace su amorosísimo Padre dándole en un bocado tantos tesoros juntos, porque viva y crezca en la vida divina que ha recibido. No se abata a cosas de tierra a quien Dios da lo mejor del cielo. Trátese como hijo del Altísimo, teniendo pensamientos altos y generosos, pues Dios le trata tan generosa y magníficamente. Sea liberal con Dios, pues Dios es tan magnífico con él. No repare en hacer todo por Dios, pues Dios no reparó en hacer todo por él.

§ 2

Pasmo es considerar lo que Dios hizo para venir a dar este bocado tan precioso a sus hijos. En

lo cual no sólo hay que admirar lo que se da, sino cómo se da; esto es, lo que hizo Dios para darlo: con cuántas leyes de la naturaleza atropelló; cuántos milagros obró; cuántos extremos hizo; a cuánto se abatió por esta causa.

El Profeta David, en el salmo 110, donde habló de este alimento que Dios da a sus hijos pequeños que le temen y reverencian, dice que *las obras de Dios son grandiosas y exquisitas para todos sus quereres*. Y después, hablando en singular, añade que *su obra es alabanza y magnificencia*; porque verdaderamente este plato magnífico que Dios da a sus hijos, en una obra encierra muchas, y todas exquisitas, y en que campea más que en otra cosa alguna la omnipotencia divina para hacer lo que quiere; y así luego concluye que *hizo en esto una memoria y cifra de sus maravillas*; porque cuando llega a la boca de un hijo de Dios este divino sustento, primero se han hecho grandes prodigios y milagros.

¿Qué no costó a Dios dar a sus hijos por leche la sangre de su Unigénito?

Lo primero, que aquel omnipotente Señor del cielo y tierra encarnase, anonadándose el que es todo; obra que no pudo hacerse sin todo el caudal de la Omnipotencia divina.

Después fué necesario que el mismo que era Dios y vida eterna hubiese de morir y derramar su sangre, cuya muerte se representase en este misterio, que es otra segunda maravilla maravillosísima.

Pues en la obra misma de la consagración de este misterio, ¿qué obras no hay? Son sin número; pero recogiendo estos milagros a cabezas principales, los reducen algunos teólogos por mayor a doce, aunque se puedan hallar más.

Lo primero, es raro milagro *perecer* totalmente *la substancia* del pan y del vino, para lo cual es menester más omnipotencia que para trastornar el mundo y trabucar toda la naturaleza. Porque aunque no es aniquilación el faltar allí toda

la substancia, hasta la materia primera, es necesario el mismo poder que para aniquilar y criar: hacer una cosa de nada, y lo que es algo resolverlo en nada, es sólo de un poder infinito. De manera que aunque un ángel pudiera trastornar los cielos y elementos, no pudiera aniquilar una migaja de pan, ni un átomo de aire.—Otro milagro igual es *reproducir una substancia entera* con toda su materia primera cuando se corrompen los accidentes de pan y vino, para lo cual es necesario la misma virtud infinita.—Todas estas cosas no suceden, ni sucederán en otros casos, si no es aquí por la majestad de este Sacramento. Y si es verdad, como pienso lo es, que cuando se corrompen las especies se produce *la misma materia* que estaba antes y pereció, es otra grande y nunca vista maravilla, porque es contra todos los fueros de la naturaleza que se torne a producir de nuevo una misma cosa que había ya perecido totalmente.

Estos raros milagros hay *cuanto a la substancia del pan*; otros hay maravillosísimos *cuanto a los accidentes* y especies sacramentales que quedan. Porque es prodigio nunca visto que perseveren los accidentes del pan *sin sujeto* ninguno ni *substancia que los sustente*, sino que contra su misma naturaleza se mantengan por sí mismos.—Otro milagro es que, no teniendo substancia, reciban las impresiones de otras calidades, de la misma forma como si estuviesen con su propia substancia, calentándose, enfriándose, secándose, corrompiéndose.

Acerca del Cuerpo y Sangre de Cristo pasan más estupendas maravillas: porque ¿a quién no admira que se ponga el Cuerpo de Cristo en la hostia y en tantas hostias como hay en el mundo, estando también en el cielo? De modo que no está menos verdadera y real y substancialmente en los accidentes de pan y vino, que está en el trono de su majestad a la diestra de Dios Padre. Lo cual se hace, conforme hablan los Padres de la

Iglesia San Cipriano, San Ambrosio, San Juan Damasceno y Tertuliano (5). por una acción productiva. La cual es tan poderosa y eficaz, que si el Cuerpo sacratísimo de Cristo nuestro Redentor no estuviera en el mundo en su ser natural, se produjera por ella de nada, como lo dicen gravísimos escolásticos.

Fuera del Cuerpo de Cristo, son raras maravillas las otras cosas que se ponen allí, como hablan los teólogos *por concomitancia*, como es el alma misma de Cristo con toda su substancia y potencias, que se constituyen presentes con tan poderosa acción como fué su creación. Sobre todo lo dicho, la unión hipostática se constituye allí por semejante acción, la cual es el mayor efecto de la omnipotencia divina; y consiguientemente se pone también en este Sacramento, con muy particular presencia, el Verbo divino y juntamente la naturaleza divina, y el Padre, y el Espíritu Santo.

Demás de esto, es estupendo milagro *el modo* con que se pone el Cuerpo de Cristo en los accidentes de pan, que es con un modo propio de las cosas espirituales; cosa nunca oída ni pensada, que un cuerpo esté como un espíritu. Porque el Cuerpo de Cristo, con toda su cantidad y calidades, se eleva por virtud divina sobre la condición de las cosas corporales, y recibe un modo de estar espiritual. De manera que está todo en toda la hostia y todo en cada parte, como está el ángel en el espacio que ocupa, y el alma racional en el cuerpo a que da vida. Este milagro es nunca visto, ni se verá en otra cosa corpórea y extensa que esté en lugar como si fuera espíritu e indivisible.

Con esto se junta, que todos los miembros y partes de Cristo están allí sin confusión, porque aunque todas están en un punto, cada una

(5) Clpr., *De coena Domini*; Ambros., *De iis qui myst. init.*, cap. 9; *De Sacerd.*, lib. 4, cap. 4; Damasc., *De fide orthodoxa*, cap. 4; Tertul., *Contra Marc.*, lib. 4.

tiene su propio temperamento, su unión, su conexión, su orden y toda su interna disposición, la cual no depende de respeto alguno de lugar.

Añádese a esto la multiplicación, hablemos así, del Cuerpo de Cristo debajo de unas mismas especies, o la presencia multiplicada que tiene, que es otra rarísima maravilla con que el modo espiritual con que está allí el Cuerpo de Cristo excede al modo con que están presentes las cosas espirituales; porque no sólo está todo en toda la Hostia junta, y todo en cada parte unida, sino aun en las desunidas queda, con un cierto modo de inmensidad respecto de aquel espacio de los accidentes; porque aunque fueran inmensos y se dividieran infinitamente, en todos y en cada uno dividido estuviera Cristo, a la manera que Dios está en un cuerpo y estará en cada parte de él dividida, plena y totalmente.

Verdad es que el alma racional está toda en todo el cuerpo y toda en cada parte; pero no está en cada parte plena y totalmente como en el todo; por lo cual, cortando una parte del cuerpo, no se puede conservar en ella el alma; pero el Cuerpo de Cristo está tan milagrosamente en la Hostia, que en cada parte de ella está completa y totalmente, y tan perfectamente como en toda la Hostia, no dependiendo la presencia que tiene en una parte de las otras partes vecinas, sino en todas está cumplida, total y perfectamente. Y así, por más que dividan la Hostia, permanece en cada parte igualmente; lo cual no tiene otra substancia, por espiritual que sea, sino sólo Dios, que es inmenso.

Esto que hemos dicho es para quedar atónitos de la inmensa caridad de nuestro Redentor, el cual, en una Hostia sola, no una vez solamente, sino millones de veces, se nos quiso dar, para que, recibéndole en una forma, en cierta manera le recibiésemos millones de veces. ¡Oh Señor mío, que tantas veces queréis ser mío! Acabe yo de ser totalmente de una vez vuestro. Si una vez me

dais vuestro sacratísimo Cuerpo millones de veces, ¿por qué, Señor, en tantas veces que me he dado a Vos no acabo de darme de una vez? No más, Señor, no más tengo de ser mío, sino vuestro, única y total y eternamente.

Lo mismo que se ha dicho del Cuerpo de Cristo, se ha de entender de su sangre, de su alma, de sus gracias, de sus virtudes y de la unión hipostática. ¿A quién no pasma ver tanta multitud de prodigios y maravillas?

Las cuales aún no se han acabado, porque otra es muy grande, cuando corrompidas las especies sacramentales, falta de allí la presencia real del Cuerpo de Cristo; porque también es necesario poder infinito para quitarle de allí como para ponerle.

Pues lo que pasa en la potestad sacerdotal para consagrar la Hostia, ¿a quién no admira que tenga potestad para ello tanta multitud de sacerdotes, sin perderse cosa tan santa por falta de santidad de vida en los ministros, ni quitarse por enormes delitos que se cometan? Si un hombre solo tuviese este inmenso poder, ¿de cuánta admiración fuera? ¿Cómo correría a él todo el mundo? ¿En cuánta reverencia le tendrían? Todos le miraran como un Dios en la tierra. Pero la inmensa bondad de Dios y su paternal amor, porque no faltase copioso sustento a sus hijos, ha concedido esta estupenda facultad, no a uno ni dos solamente, sino a innumerables, sin haber reparado en personas; porque la ha concedido aun a pecadores, adúlteros, blasfemos, cismáticos y herejes. Con lo cual, como dice un Doctor, parece que se ha olvidado Dios de su dignidad y descuidado de su honor; porque la multitud e indignidad de algunos que tienen este incomparable poder, ha hecho que sea menos estimado del mundo; pero el sumo amor que Dios tiene a sus hijos le hizo que sin reparar en nada lo determinase así, porque no les faltase leche.

No menor espanto es la facilidad con que obran

los sacerdotes. No es menester que trabajen ni suden para hacer obras tan grandes y exquisitas como hay en la consagración de la Hostia, sino con suma facilidad hacen tan estupendas maravillas. ¿Qué cosa hay más fácil a los hombres que hablar? Pues con sólo cuatro o cinco palabras obran esta suma de milagros. ¿A quien no espantara que estuviese en la mano de un hombre traspasar los montes de una parte a otra, sacar al océano de su asiento, resucitar muertos? Pues todos estos prodigios ¿qué son comparados con este misterio, que de suyo es más arduo que la creación del cielo y tierra? Todo esto lo dispuso tiernamente nuestro tierno y amorosísimo Padre, para que tuviésemos muy a mano la leche y sustento digno de hijos de Dios.

Pues si miramos los raros *efectos* de este divino Sacramento, ¿qué maravillas no se verán en ellos? Lo primero, del aumento de *gracia habitual*, que causa en quien le recibe dignamente, que es otra maravilla de maravillas: conforta al alma, esfuerza todas las virtudes, extingue los malos hábitos, castifica el cuerpo, une de tal manera con Cristo, que no sólo hace al alma un espíritu con el de Dios, sino a la misma carne del hombre hace carne de Cristo, uniéndola a la carne del mismo Cristo; de tal manera, que dicen los Padres se hacen *una carne* por una unión real, de tal modo, que por ser la carne del que comulga una con la de Cristo, resucitaría y se vestiría con los dotes de gloria, aunque los demás hombres no resucitasen. Verdaderamente es una grande maravilla esta unión tan maravillosa. ¡Grande maravilla, que convirtiéndose los otros alimentos en los que los comen, este alimento convierta en sí al que le come! Todo es admirable, todo raro, todo sumo, todo magnífico, este alimento que da el Padre de misericordias a los que son sus hijos adoptivos por gracia.

Verdaderamente es *una cifra de maravillas* este misterio, por las muchas que en él concurren y

porque en él está una suma de todas las obras maravillosas de Dios, las cuales, si consideramos, todas se hallarán aquí. La primera maravilla fué la obra de la creación, haciendo Dios las cosas de nada, fabricando aun desde la materia primera. Esta maravilla se halla en este misterio porque, corrompidas las especies sacramentales, produce Dios totalmente la materia substancial de pan y vino, tornando a hacer una substancia enteramente desde la materia primera; y antes la destruyó también con su materia, que es tan gran poder como criar de nada y reducir a nada. Demás de esto, el alma de Cristo se pone en el Sacramento con tan poderosa acción como fué su creación. Lo mismo se ha de decir de la acción con que se pone allí la unión hipostática; la cual, si no estuviera en el mundo, se produjera de nuevo por aquella acción con que se pone presente en el Santísimo Sacramento.

También encierra este divino misterio la obra de la Encarnación, de la cual obra, que es la mayor de las mayores, es un vivo retrato este Santísimo Sacramento. Porque así como por la Encarnación la divinidad invisible está unida a la carne visible de Cristo, así aquí la carne de Cristo está unida a las especies sacramentales visibles.—Allí todo el Verbo Eterno está unido a todas las partes de la humanidad; aquí todo Cristo está unido a cada parte de las especies.—Allí está sin lesión la divinidad, aunque estuviere maltratada la humanidad; aquí está sin lesión Cristo, partida la Hostia.—Allí de la unión del Verbo y la humanidad resultó un solo Cristo; aquí de la unión de Cristo y las especies resulta un Sacramento.—Allí, por la comunicación de idiomas, por causa de la unión personal, se dice Dios azotado, coronado de espinas, crucificado y muerto, sin padecer esto la divinidad; aquí también se dice que se come la carne de Cristo, y se bebe su sangre, y se toca su cuerpo, y se ve, y se parte, sólo porque se toquen, vean y partan las

especies, sin que padezca nada el Cuerpo de Cristo.—Allí no tuvo la humanidad de Cristo su modo natural de estar, que se llama subsistencia propia, sino fué sustentada por el Verbo Eterno; también aquí las especies sacramentales no tienen su modo natural de estar, pero se contienen por virtud del Cuerpo de Cristo fuera de su sujeto natural.—Allí ninguna fuerza criada podrá deshacer la unión que hay entre el Verbo y la humanidad; aquí tampoco podrá deshacer la unión que hay entre Cristo y las especies sacramentales, mientras ellas perseveran. Tan vivo retable es este divino Sacramento de la obra divinísima de la Encarnación.

Y no lo es menos de la Pasión de Cristo y del tremendo sacrificio que ofreció por nuestros pecados con su muerte y el derramamiento de su sangre; del cual sacrificio y muerte del Hijo de Dios es una perfectísima representación este misterio. Porque si Cristo ofreció su sangre derramada en la cruz, aquí también se ofrece la sangre de Cristo derramada.—Si Cristo murió en la cruz desangrado su cuerpo, aquí también místicamente se ve la muerte de Cristo, apartándose por virtud de las palabras de la consagración, la sangre de Cristo de su cuerpo, poniéndose por virtud de las mismas palabras la sangre de Cristo en el cáliz y el cuerpo en la Hostia.—Y si en todo sacrificio ha de haber mudanza, como dicen los teólogos, ¿qué mayor que lo que era substancia de pan y vino deje de ser pan y vino?

Las otras obras maravillosas de Dios son la santidad y gracia, la glorificación de las almas, la resurrección de los muertos y la glorificación de los cuerpos gloriosos. Aquí está todo, porque aquí está Cristo santo y santísimo, lleno de gracia, bienaventurado y glorificado en su alma, con su cuerpo resucitado y con los cuatro dotes de gloria y gloriosísimo. Fuera de esto, el efecto de este Sacramento es dar mucha gracia y derecho muy particular a la vida eterna y bienventu-

ranza, no sólo del alma, sino especialísimamente también del cuerpo, de cuya resurrección es causa.

De manera que no hay obra de naturaleza ni de gracia que no se haya sumado en este misterio, ni ha hecho Dios obra grande que no se halle aquí; antes hay en este Sacramento muchas maravillas estupendas que no había obrado antes, ni obrará jamás, ni se hallarán semejantes en otra cosa; porque sobre ser este Sacramento *suma* de las demás maravillas de Dios, añade otras grandes maravillas, que no las ha hecho el poder divino ni hará por otra causa.

Estas maravillas he querido referir aquí para que conozcamos cuán maravillosa cosa es ser hijos adoptivos de Dios, cuánto los estima su omnipotente Padre, pues por darles alimento proporcionado a su dignidad, ha hecho tanta costa de milagros y se ha extendido a todo lo que ha podido su omnipotente brazo.

§ 3

Ruego, pues, por la sangre de Jesús que se nos da en este Sacramento, que se considere esto. Miremos cómo estima Dios la vida que nos da de gracia, pues por sustentarla ha hecho cosas tan maravillosas y obrado tantos prodigios, atropellando tantas veces con los estatutos y fueros de la naturaleza, para que nosotros también estimemos esta vida de gracia, y entendamos que, por conservarla, hemos también de atropellar con nuestro natural, y rasgar *las leyes que en nuestros miembros militan contra el espíritu*. Dios hace y deshace, y destruye en este Sacramento substancias enteras de la naturaleza por sustentarnos en la gracia y vida de hijos suyos; tampoco ha de haber cosa que no hagamos nosotros por lo mismo, pues nos va en ello la vida, y más tal vida. Cualquier impedimento hemos de deshacer, destruir y aniquilar.

Dios hace tantas maravillas y cosas tan extraordinarias y nunca vistas; mas el hombre ¿no ha de salir de su paso, ni ha de hacer fineza alguna por su Creador? Dios estima tanto ser Padre nuestro, que en cada

bocado que da a sus hijos les da todo lo precioso del cielo y tierra; y el hombre estima tan poco el ser hijo de Dios, que, aunque se condene al infierno, lo deja de ser. ¿Es posible que haya hombre que quiera afrentar de esta manera a su Padre y su Dios, dejándole burlado con todas sus trazas, riéndose de tantas maravillas que obra para que sustentemos la gacia, tirándole a la cara la investidura del reino de los cielos, rasgando su púrpura divina, rompiendo el título de nuestra adopción?

Ruego otra vez por la sangre de Jesús que miremos qué sangre bebemos. La sangre del Hijo de Dios es, para que tengamos espíritu de hijos de tal Padre. Bebemos la sangre del Hijo de Dios, para que derramemos la nuestra antes de disgustar a nuestro Dios y Padre. La sangre de Cristo nos sustenta, para que tengamos en nuestras venas honra y sangre de hijos del Altísimo.

Estimemos esta grandeza, y no sólo no la perdamos, pero pues Dios hizo tanta costa de maravillas para aumentarla, procuremos siempre crecer en gracia, no haciendo obra que no sea por Dios y de hijo de Dios. Porque no sólo nos sustenta Dios tan costosamente para que no muramos con alguna obra mala, sino para que crezcamos con muchas buenas. Por esta causa el Apóstol San Pedro quiere que nos consideremos como niños, a los cuales se da leche para que crezcan, por ser la leche muy proporcionado alimento, no sólo para sustentar la vida de las criaturas, sino para hacerlas crecer. Y así, hablando de este Sacramento, según San Dionísio y San Cirilo (6), dice: *Como niños recién nacidos, apeteded la leche racional sin engaño*. Los hijos de Dios, niños han de ser en la inocencia de vida, niños en la pureza, niños en la simplicidad; niños a este mundo, donde han de vivir sin prudencia mundana, sin engaño ni doblez; niños en la disposición de crecer, niños que aumentan siempre, hasta que lleguemos a *varones perfectos* en la otra vida, donde nos darán nuestra herencia y patrimonio del reino de los cielos.

(6) Dion., *De Eccl. Hier.*, cap. 5; Cyr., *De coena Dom.*

CAPITULO 7

LA GRACIA CAUSA ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES
VERDADERA AMISTAD

§ 1

Con ser tan inopinable grandeza la de la gracia en hacer a los justos hijos adoptivos del Altísimo, no es singular, ni la mayor que tiene; antes parece que es cosa más grande el hacerlos amigos de Dios propia y rigurosamente, como lo afirma Santo Tomás con los demás teólogos (1), y lo confirma el Concilio Tridentino (sess. 8, c. 1), que absolutamente llama a los justos amigos de Dios, y se colige de muchos lugares de la Escritura, especialmente de lo que dijo Cristo nuestro Redentor, cuando consoló a sus discípulos con aquellas dulces palabras: *Dígnos, amigos míos*. Y por San Juan: *Vosotros sois mis amigos*. Otras más veces nos favoreció con tan amoroso nombre, y más regaladamente que nunca cuando dijo: *Ya no os llamo siervos, sino amigos*. ¡Oh amoroso Señor! ¿No era bastante honra para una criatura compuesta de lodo ser ella vuestra esclava y Vos su Señor? ¿Qué es esto, que queréis ser su amigo?

Considerando esto Santo Tomás y admirado de tal favor, exclama: «Pásmate de la suma dignación de Dios para contigo. Ennoblecíote Dios, ¡oh hombre!, constituyéndote señor de los animales irracionales que te son inferiores, según se dice en el salmo: *Todas las cosas sujetaste a sus pies*. Pero aunque reinas sobre los brutos, no fuera maravilla que te sujetaras al dominio de los ángeles, por lo menos de los serafines. Mas no pasa esto así, sino que tu nobleza es aun respecto

(1) 2, 2, q. 23, a. 1; Suárez, tract. *De Charit.*, disposición, 3, sect. 2, lib. 7, et alibi.

de lo que está sobre tí; sólo Dios es tu verdadero Señor. Espántate aún más; extiende, dilata tu admiración hasta que mueras de puro asombro, que Aquel cuyo esclavo debieras ser, manda que seas su amigo, etc. Ten, pues, cuidado de ser amigo de Aquel de quien eres amado, y de ser esclavo de Aquel a quien estás tan obligado.» Esto es de Santo Tomás, que con mucha razón se maravilla de este gran favor y dicha. Porque si el *Eclesiástico* (c. 26) dice: *bienaventurado es el que halla un amigo verdadero*, quien halla a Dios por amigo, ¿qué felicidad será la suya? Si el hombre que es verdadero amigo basta a hacer esta vida, aunque llena de miserias, *bienaventurada*, quien halla por amigo al que es la misma bienaventuranza, ¿qué dicha no tendrá?

Gran cosa es tener a Dios por Padre adoptivo; pero tenerle por amigo, aún dice más grandeza y amor. Porque no sólo muchos filósofos, sino Santo Tomás (2) antepone el vínculo de amistad al de la sangre y parentesco. Por lo cual dicen algunos teólogos (3) que tan fino puede ser un amigo, que se deba amar más que a los propios padres.

Tiene esto más el nombre de amigo que el de hijo; que el nombre de hijo, y más adoptivo, es de alguna inferioridad, y no significa necesariamente amor, porque puede ser uno hijo y padre sin ser amado ni amar; pero el amigo no puede ser sin amor; y esto no como quiera, sino recíproco de una parte y otra, amando y siendo amado.

Demás de esto, el nombre de amigo no es de inferioridad, sino de igualdad; porque la amistad no puede estar sino entre iguales, como Aristóteles enseñó. Y San Jerónimo (4) dijo: «La amistad admite a los iguales o los hace.»

Por esto se admiran tanto los Santos que el hombre sea amigo de aquel Dios omnipotente,

(2) Opusc. *De dilect. Dei.*

(3) Victoria et Suár., Tract. *De Char.*, disp. 9, sect. 4.

(4) Lib. 7 Mich.

que dista infinitamente de toda la grandeza de los reyes de la tierra. Maravillado de esto San Gregorio (5), exclama: «¡Oh admirable dignación de la bondad divina! ¡No somos dignos siervos. y somos llamados amigos! ¡Oh cuánta dignidad es de los hombres ser amigos de Dios!»

Verdaderamente, no hay otra mayor. El ser siervo de Dios es más que ser rey del mundo; ¿qué será ser amigo? Porque, si dicen los filósofos que el amigo es *otro yo*, el que es amigo de Dios será como un Dios, y se ha de reverenciar como en quien está Dios.

§ 2

Esta grandeza de ser el hombre *amigo de Dios* es tan soberana, y sobre todo el pensamiento humano, que habiendo los filósofos sentido altísimamente de la dignidad del alma racional, no dieron en este pensamiento, que podía ser el hombre rigurosamente amigo de Dios; antes el príncipe de los filósofos, Aristóteles (6), claramente dijo que entre Dios y los hombres no podía haber amistad. La causa es la grande desigualdad que hay entre el Criador y las criaturas. Porque, si aun entre los reyes y los vasallos, dice el mismo filósofo que no puede haber amistad por la desigualdad de su estado, donde hay tan inmensa desigualdad como entre Dios y los hombres, más imposible parece que puedan ser propia y rigurosamente amigos.—Demás de esto, hay otra razón más particular en Dios que en los reyes para que no pueda ser amigo de los hombres: y es que el verdadero amigo ha de amar a su amigo por sí mismo, por ser quien es, sin otros respetos particulares: y aunque un rey podrá querer bien a un vasallo por sí mismo, por

(5) In Joan., 15.

(6) *Ethic.*, lib. 8, cap. 7.

sus partes y excelencias, no es esto decente a Dios, ni posible, que ame a una criatura por sí misma, sino por respeto del mismo Dios. Estas razones hacen que parezca imposible la amistad entre Dios y los hombres.

Con todo eso, es tanta la fuerza de la gracia, y tan sublime su grandeza y honra que da a los justos, que causa verdadera y—como notó el Padre Francisco Suárez (7)—sobre todas perfectísima amistad entre Dios y el hombre; y da, no sólo nombre de amigo de Dios al que aun el llamarse siervo de sus siervos fuera muy honroso, pero hace que sea en substancia y verdad amigo. La causa es la suma excelencia de la gracia, que eleva a los hombres a un estado de suficiente igualdad o proporción y semejanza para formar amistad con Dios; esto es, a estado divino, dándoles tal honor y ser. que no desdiga de la infinita majestad del Criador tener, no por esclavos, sino por amigos, a los hombres. De lo cual admirado David (Ps. 138, 17), dijo: *Demasiadamente son honrados tus amigos, Dios mío; demasiadamente se ha fortalecido su principado.* Porque para venir a ser amigos de Dios, la gracia les da *una honra excesiva* y dignidad incomparable: de hombres miserables suben a un ser divino; y los que estaban en estado de miserias y culpa. han alcanzado un *sumo principado* y estado divinísimo. Por lo cual ya pueden ser, no sólo dignos siervos, sino generosos amigos del Señor de todo.

De manera que, aunque un esclavo no puede venir a ser amigo de un rey, por la grande desigualdad que hay entre estas dos personas. con todo eso puede un hombre venir a ser amigo de Dios. porque la gracia le saca del estado de mera servidumbre, y le sublima a tan excesiva honra y dignidad, que ya puede ser amigo de Dios, por no faltarle con la gracia la proporción y seme-

(7) *De Char.*, disp. 3, sect. 2.

janza bastante para tener y conservar entre Dios y el hombre verdadera amistad, que llaman los teólogos (8) de excelencia. Porque aunque Dios haga infinitas ventajas a una criatura, por buena, excelente y perfecta que sea, y por más dones criados que tenga, e infinitamente sean mayores estas ventajas que las que el rey hace a un vil esclavo, con todo eso, el estado y orden de gracia, como sea divino, es uno con el de Dios, y lo que es de un mismo orden no dista infinitamente de sí mismo.

Por lo cual quien está en gracia está en tal estado, que no le puede impedir la desigualdad ser amigo del más alto rey monarca del mundo, del mismo Señor omnipotente, Criador del cielo y tierra, de quien fuera mucha honra a los mismos serafines ser siervos: pues ¿qué honra será llamarnos Cristo, *no siervos, sino amigos?* Con razón dice San Cirilo (9): «Todas las cosas sirven al Criador, como dice el Salmista, ni hay cosa que no se sujete al yugo de su servidumbre; lo cual, como sea así, a los que guardan los Mandamientos de Dios los llama el Señor, *no siervos, sino amigos*, y en todas las cosas les trata como tales. Grandioso y espléndido es este galardón.»

Por cierto que aunque la gracia no tuviera otro provecho ni honra, sino esta de hacernos verdaderos amigos de Dios, y a Dios verdadero amigo nuestro, no hay vidas, ni honras, ni bienes, ni afición, que no debíamos dar por la gracia. Porque si el que tiene a otro hombre miserable como él por verdadero amigo, tiene todo lo que se puede desear en esta vida, ¿qué tendrá quien a un Señor omnipotente tiene por amigo fidelísimo? El *Eclesiástico* (6, 14), fuera de haber llamado bienaventurado al que hubiese hallado un amigo verdadero, dice: *El amigo fiel es un amparo*

(8) Aegid., disput. 21, dub. 3, núm. 28.

(9) Comment. in Joan., lib. 10, 22.

fuerte, y el que le halla halla un tesoro; no hay comparación de la bondad de su lealtad; no hay precio bastante, ni se puede pagar a peso de oro ni plata. El amigo fino es el remedio de la vida y de la inmortalidad. Tan notable bien es un hombre que es fino amigo; pues es un *tesoro incomparable*, que no digo se debía pesar a oro, pero no hay oro ni plata en el mundo que se pueda comparar con él; él vale por todos los tesoros; él es un fortísimo presidio de las miserias de la vida; él es remedio, no sólo de los males de esta mortalidad, sino de los de la eternidad; porque un amigo verdadero, si lo es, no sólo ayuda a pasar esta vida perecedera con alivio, pero a alcanzar la eterna. Todo esto dice el Espíritu Santo que puede un hombre que es fiel y verdadero amigo. Y si el hombre hace eso, ¿qué hará Dios cuando es amigo? ¿Qué bien tendrá el que está en gracia, pues es amigo de Dios, y Dios lo es suyo? ¿Qué tesoro no ha encontrado? No hay bien ni riqueza imaginable que no se deba dejar por tal amigo, que le ha de ser único remedio contra los males de esta vida y de la venidera, contra las culpas de la una y penas de la otra.

Considere el hombre qué puede granjear por un pecado, si pierde con eso tal amigo, y con él todos los bienes. ¿Es cosa de poca importancia tener por amigo a un Señor omnipotente, o no? ¿Va poca diferencia tener el Rey del cielo y tierra por amigo fino o por enemigo declarado? Porque cuanto es bueno tener un amigo verdadero, tanto es malo tener un enemigo cordial; y cuanto es más tener a Dios sólo por amigo que a todos los amigos del mundo, tanto es peor tener a Dios sólo por enemigo y contrario que a todos los hombres del mundo por enemigos.

¿Cómo puede sosegar quien tiene conciencia de pecado grave, viéndose aborrecido de un Rey que es omnipotente? ¿Cómo puede dormir seguro el pecador? ¿Cómo puede comer o beber descuidado? ¿Cómo puede durar ni un punto de tiempo en tan desdichada suerte?

Aquí se verá cuán grande cosa es la gracia, pues

sin ella queda el hombre un monstruo, aborrecido de su Redentor; con ella es la hermosura del mundo, los amores de su Criador, los placeres del Rey del cielo, las delicias del Señor de todo; finalmente, con ella es amigo de Dios, y Dios su verdadero amigo.

§ 3

Tiene, pues, tanta fuerza este divinísimo don, y levanta al hombre a estado tan soberano sobre todo otro ser y naturaleza criada, qué le pone en un orden con Dios para que pueda ser su amigo, haciéndole su semejante; y fuera de esto, le vuelve tan agradable a aquel Omnipotente Señor, que hace ame al hombre con amor desinteresado, de verdadera amistad. Porque no hay ni habrá amistad más desinteresada ni de más puro y acendrado amor, que la que tiene Dios con el que está en gracia; porque no hace, ni ha hecho, ni hará obra en que mire a su propio provecho y útil, sino únicamente al provecho de los que están en gracia. De manera que el amor que Dios tiene a un alma santa, en cuanto a la utilidad, es por ella misma, pues no es por respeto a provecho alguno ni bien intrínseco del mismo Dios. ¿Qué mayor grandeza puede haber que esto, que la gracia y lo que a ella se sigue, sea lo que es la mira única de la utilidad de todas las obras divinas?

De suerte que no concurre Dios al menearse una hoja en el árbol, en que mire su provecho propio, sino de los que están en gracia, y singularmente de sus escogidos y predestinados; todo lo hace Dios por la gracia, y por premiar con la gloria a los que la tienen; toda la utilidad de sus obras va a parar aquí; ¿qué amistad puede haber más tierna, y fiel y pura, que cuanto haga sea por su amigo y para su amigo? Todo Dios está en esto, todo lo hace y obra por razón de la gracia, para que estemos en gracia, o porque lo estamos. La naturaleza, los elementos y

los cielos, ¿para quién los fabricó Dios? ¿Para su provecho? No, sino de los suyos, de los que habían de poseer su gracia. Lo mucho que padeció, la muerte que sufrió, ¿por quién fué? ¿Acaso por su salvación propia, o por algún provecho suyo? No, sino de los que habían de ser suyos y sus amigos queridos, como él mismo declaró, que *no podía haber mayor amor que dar el alma por los amigos*. Su misma vida, ¿para quién la quiso? ¿Para su provecho? No, sino de los suyos, y así la dió por ellos. El mismo ser divino y de cuanto provecho puede ser la divinidad, para nosotros le quiere, y por nosotros le da. Y lo que es también de estimar, a nosotros nos quiere para Sí, no para provecho suyo, sino nuestro, y si bien para gloria suya, también para honra nuestra.

Todas las obras divinas tienen honra y provecho: del provecho no quiere Dios nada, porque los hombres lo han menester; y así todo le quiere para los suyos. La gloria quiere para Sí, porque así lo pide la razón, a que no puede Dios faltar, y porque eso mismo es mayor gloria nuestra, y de esa manera nos ama más perfectamente. No se puede imaginar amor de más subidos quilates, que querer Dios todas las cosas para nosotros, y a nosotros para Sí mismo, no buscando en nada su provecho y buscando en nosotros su gloria.

¿A qué otra cosa puede aspirar el corazón humano más que a esta dichosísima dicha y dignidad de tener a su Dios por amigo pudiéndolo alcanzar sin los riesgos y trabajos de las pretensiones humanas? Bien dijo un pretendiente del mundo a otro compañero suyo, tan engañado como él, según refiere San Agustín (10): «Ruégote que me digas a dónde desearás llegar con todos estos trabajos: ¿qué buscamos? ¿Qué es por lo que militamos? ¿Pueden llegar nuestras esperanzas en palacio a más que a ser amigos del emperador? Pues en esto, ¿qué estabilidad hay? Todo

(10) *Confes.*, lib. 8, cap. 6.

está lleno de peligros, ¿y por cuántos peligros se llega a este peligro mayor? ¿Y cuándo será ello? Pero si quiero ser amigo de Dios, al momento lo seré.»

Nunca falta la amistad por Dios; pues ¿por qué ha de quebrar siempre por el hombre, a quien le va tanto? Guardemos nosotros las leyes de amigos, pues Dios las ha guardado; tengamos un mismo sentir y un mismo querer, no negando nada a Dios, ni mirando en algo nuestro gusto, sino sólo el divino, siendo en todo semejantes a nuestro amigo tan fino. Lo cual es una principalísima condición que señaló Aristóteles (11) para fundar una verdadera amistad, que no puede estar sin semejanza, no sólo de costumbres, sino de virtudes.

De los amigos es la mucha familiaridad, y así ha de ser nuestro trato siempre con Dios y nuestra conversación con los ángeles.

Los semejantes gustan de comunicarse; hagámonos semejantes a Dios, y gustaremos de su trato.

Dios, por hacerse semejante al hombre, se hizo hombre; por hacernos semejantes a Dios, hagámonos divinos y semejantes a Jesús, Dios y Hombre.

CAPITULO 8

AMOR EXCESIVO QUE TIENE DIOS A LOS QUE ESTÁN EN GRACIA

§ 1

Para que mejor entendamos cuán inmenso bien es esta amistad de Dios, y la gracia que es causa de ella, diremos ahora alguna cosa de cuán fidelísimamente es Dios amigo nuestro, por el infinito y *estático* amor—hablemos conforme a San Dionisio—que tiene a los que están en gracia.

¿Qué es de suyo el hombre porque Dios le *magnifique*, como dijo Job, y ponga en él su *corazón*? ¿Qué es? Dice San Bernardo (1): «Sin duda

(11) *Ethic.*, lib. 8.

(1) Serm. 5, in *Ded. Eccl.*

alguna, una semejanza de vanidad es el hombre; reducido a nada es el hombre; nada es el hombre.

—Pero ¿cómo es totalmente nada, a quien Dios magnífica? ¿Cómo es nada aquel en quien pone su corazón divino?

—Porque nada es de sí, pero por la gracia es mucho, que merece que Dios le engrandezca con su amor. Nada debe ser en su corazón, pero en el corazón de Dios muchísimo es, si tiene gracia, y digno de que en él ponga su amor. Y así, añade San Bernardo: «Respiremos, hermanos míos, que aunque en nuestros corazones somos nada, pero en el corazón de Dios podrá estar secreta otra cosa.

¡Oh Padre de misericordia! ¡Oh Padre de los miserables! *¿Para qué pones en ellos tu corazón?*

Bien sé la causa, bien la sé; *porque adonde esta tu tesoro, allí está tu corazón.* Pues ¿cómo hemos de ser nada, si somos tu tesoro?» Esto es de San Bernardo.

De manera que es *un divino tesoro* quien está en gracia y es amigo de Dios: porque, según el *Eclesiástico* (c. 6), *el amigo es un tesoro que se halla; y así el que está en gracia*, como amigo de Dios, es tesoro de Dios, porque en él pone su amor, y con el amor sus riquezas y dones, y su misma divinidad.

Gran cosa es la gracia, pues así tira del corazón de Dios. Gran cosa es, pues ocupa su amor inmenso. ¡Oh, qué amor es éste todo abrasado! Un amor que, dice San Dionisio, le hace como salir de sí; un amor *extático*, que lleva su espíritu divino tras sus amigos; un amor *insuperable*, un amor *inseparable*, un amor *insociable*, un amor *insaciable*. No hay calidad ni circunstancia de un excesivo amor, que no se halle en éste que Dios tiene a los que están en gracia.

Ricardo Victorino (2) señala los grados de una caridad ardiente, violenta y excesiva, que son otras tantas señas de los mayores extremos de amor, y todas se hallan en el amor de Dios para con una criatura, a la cual hizo hermosa y amable su divina gracia. «El primer grado de violencia es cuando no puede el alma resistir a su deseo; el segundo, cuando no le puede olvidar; el tercero, cuando no la puede dar gusto otra cosa; el cuarto y último, cuando no se puede satisfacer a sí misma.—En el primer grado el amor es *insuperable*, en el segundo *inseparable*, en el tercero *singular*, en el cuarto *insaciable*. Insuperable es, cuando no se rinde a otro afecto; inseparable es, cuando nunca se aparta de la memoria; singular es e insociable, cuando no admite compañía; insaciable es, cuando no se puede hartar su hambre.—Y aunque por cada grado se pudieran notar sus particularidades, especialmente resplandece en el primer grado su *excelencia*, en el segundo su *vehemencia*, en el tercero su *violencia*, en el cuarto su *sobreeminencia*. ¡Cuán grande es la excelencia del amor, que vence toda otra pasión! ¡Cuán grande es la vehemencia de afecto, que no deja descansar al alma! ¡Cuán grande es la violencia de caridad, que destierra de sí violentamente todo otro afecto! ¡Cuán grande es la sobreeminencia de la emulación y celo amoroso, a que nada le basta!» Todo esto es de Ricardo; y no pudo pintar este Doctor con más vivos colores una idea de un excesivo amor.

Pero que tal amor tuviese un alma, confortada sobrenaturalmente, respecto de su Criador, que es infinito en hermosura y perfecciones, no es mucho de espantar; mas que el Criador, siendo infinito, le tenga respecto de su criatura, no puede ser sin que haya puesto en la criatura alguna cosa divina que la hermosee y levante del ser

(2) Libell, *De Grad. violent. charit.*

natural, y la haga agradabilísima a su Criador, de manera que ya la ame con amor de verdadero amante y finísimo amigo.

§ 2

Veamos, pues, cómo están todas estas finezas en el amor de Dios. El mismo Señor nos lo dé a sentir *con todos los Santos*, cuáles sean estos cuatro extremos, que son los que dice San Pablo (Efes., 3), *lo ancho y lo largo, lo alto y lo profundo de la sobreeminente caridad de Cristo*.

1. ¿Quién no ve estar en el primer grado, de ser *insuperable*, pues la caridad de Dios es tan omnipotente entre los atributos divinos, que sacó al Hijo y Verbo Eterno del seno del Padre, para bien de los que habían de estar en gracia? En lo cual, no sólo venció el amor de Dios las maldades y miserias humanas, sino que triunfó de la justicia y majestad divina. Y así dijo Basilio Se-leuciense (3): «Tal es la naturaleza de la Divinidad, que siendo así que vence en virtud, es vencida del amor de los hombres.» Ricardo Victorino, admirado de esto, exclama (4): «¡Oh insuperable virtud de la caridad, que venciste al que es insuperable, y Aquel a quien están sujetas todas las cosas, le hiciste en cierta manera sujeto a todas las cosas, cuando vencido de amor se humilló Dios Altísimo tomando forma de siervo!»

Esta fuerza de su amor confesó el mismo Señor al alma santa, cuando le dijo (Cant., 6): *Hermosa eres, amiga mía, suave y agraciada como Jerusalén, terrible como un ejército bien ordenado en sus reales; aparta tus ojos de mí, porque ellos me han hecho volar; esto es, como salir de mí. Llama terrible como ejército a la her-*

(3) Orat. 4 in Genes.

(4) *De Grad. Charit.*, cap. 9.; V. del Río, in Cant, 6, versículo 4.

mosura del alma que está en gracia; y así, es amiga de Dios por la fuerza que por ella le hace su amor, a que se da por vencido. Y así al modo de otros amantes, la pide, para que pueda como respirar y vivir, que *recoja sus ojos* purísimos, que fomentaban la vehemencia de su afecto amoroso, para que no desmaye o se arrobe, volando el alma del cuerpo. Por esto dijo San Dionisio (5), que por el amor salía Dios como de sí para habitar en sus amados; y por lo mismo llama a su infinita caridad virtud extática. Y Gerson dice, que siendo Dios infinito, cuando ama a la criatura finita se sale en cierto modo de su infinitud, vencido de su potentísima caridad.

Toda esta fuerza del amor divino está en su punto para los que están en gracia y son sus fieles amigos, porque a las demás cosas no ama con la fineza de verdadera amistad. A los que están en gracia, sí; a éstos ama Dios como amigo fino, que, llevado de su inmenso amor, como saliendo de Sí, se comunica a ellos infundiéndoles su divino Espíritu, para que habite en los justos, y con el Espíritu Santo toda la Divinidad, y, por consiguiente, todas tres divinas Personas. Y es imposible que, una vez dada al hombre la gracia y el Espíritu Santo, deje de amarle Dios, sino que se rinde la Majestad divina a su amor, para que ame como amigo a quien con sus divinos dones hizo tan amable.

Esta es grande fineza de Dios, que excede a todo extremo de otro amor. Porque todo lo que puede hacer otro amor es salir de sí el que ama, pasándose con sólo el afecto en el amado, estando en él, no por presencia real, sino sólo por la memoria que le fijó de él su afición. Por lo cual dice San Agustín, que la mitad del alma de quien ama está en el amigo. Pero este *éxtasis* del amor criado es imperfecto y falto, por la imperfección del amante; mas Dios, como es infinitamente

(5) *De Div. Nom.*, cap. 4.

perfecto, así es perfectísimo amante y amigo de sus amigos; y así su amor es perfectísimamente *extático*, que quedándose en Sí, se pasa e infunde en los que ama, no sólo por afecto, sino también por su propia substancia; no sólo la mitad de su Espíritu, sino todo entero su divino Espíritu está en el que está en gracia, por ser amigo suyo. De manera que lo que no puede otro amor, puede el amor de Dios omnipotente, que es *insuperable* de todas maneras, pues que nada le puede vencer y él vence a todo.

2. No es menos extremado y sumo este amor de Dios en el segundo grado, que es ser *inseparable* y nunca olvidarse de sus amigos, como el mismo Dios lo dice por el Profeta Isaías (c. 49), cuyas regaladísimas palabras son éstas: *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito que salió de sus entrañas? Posible será que ella se olvide; mas Yo no me olvidaré jamás de ti, porque en mis manos te tengo escrito.* Bien podrán olvidarse las madres de sus hijos, bien podrán olvidarse los amigos de sus amados, bien podrán olvidarse los hombres de sus mismas almas y vidas, pero Dios no se podrá olvidar de los que están en gracia; de tal manera, que toda la memoria de los más amorosos padres del mundo será olvido, respecto de la que nuestro Padre celestial tiene para con sus amigos e hijos.

David dice de sí (Ps. 26): *Mi padre y mi madre me dejaron, pero el Señor me tomó a su cargo.* Todo cuidado y providencia de los padres de nuestra carne es desamparo, respecto del cuidado y memoria que tiene el Padre de nuestro espíritu. Bien conocía *el mismo Unigénito del Padre* este amor, como quien *salió de su seno*; y así nos encarga por la grandeza suya, no sólo que le llamemos *Padre*, sino que *no llamemos a otro padre sobre la tierra*, pues en su comparación no hay amor de padre ni madre que tanto se acuerde de su hijo único. Porque así como

Dios es bueno por la excelencia de su bondad divina, así él sólo tiene buenas entrañas de padre; y de tal manera es Padre, y tales regalos y tan buenas obras hace a los que están en gracia, que no hay quien pueda en su comparación tener este amoroso título.

Pero ser el amor de Dios *inseparable* no está sólo en no olvidarse de sus amigos, sino también en no apartarse de ellos; no está sólo en tener en ellos su pensamiento, sino también su mismo Ser. En lo cual la fineza de su caridad sobrepuja con infinito extremo a toda otra amistad. Porque no sólo *piensa* Dios continuamente en los que están en gracia, sino que *está* con ellos; y poco es estar a su lado, porque dentro de ellos está con un modo particular. No sólo los mira, sino los asiste, y sirve de espíritu y alma, que les causa una vida divinísima. Porque como San Ambrosio, San Agustín y Santo Tomás afirman, y ya hemos dicho, el Espíritu Santo está en los que tienen gracia, no sólo por algún efecto suyo, sino también por su propia persona y substancia. La razón que de esto da el Padre Francisco Suárez es porque se contrae por la gracia entre el hombre y Dios una finísima amistad; y como la amistad apetezca de suyo la presencia y conjunción de los que son amigos, la amistad de Dios, que es perfectísima, ha de causar una perfectísima, íntima e inseparable presencia. Y así el Espíritu Santo, por ser el más fino amigo del mundo, está íntimamente presente, por su misma substancia y persona, en el que está en gracia; de suerte que si por razón de su inmensidad no estuviera en todas partes, volara luego, y estuviera siempre en el que está en gracia, sin apartarse de él. Esta es fineza de amor *inseparable*.

3. No es menos fino el amor de Dios en el tercer grado, que es ser singular e *insociable*. Porque tan singularmente y tan sin admitir compañía ama Dios a los que están en gracia con ver-

dadero amor, que no ama semejantemente a otra criatura; y si no es con los justos, no tiene amistad. Esta singularidad de amor significó el Espíritu Santo cuando dijo (*Cant.*, 6): *Una es mi paloma y mi perfecta*; esto es, mi hermosa por extremo. Lo mismo significa el título de *esposa* que la da; porque el amor de la esposa es insoportable, no admitiendo compañía ni igual. De este amor dice la Escritura (*Gen.*, 2): *Por ésta dejará el hombre a su padre y madre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne*. Pues si no admite el amor de esposo igualdad de amor, aun con los mismos padres que le engendraron, claro está que excluye la compañía de otro amor. Y claro está que Dios tiene amor más que de esposo, mucho más fiel y fino; y así dijo Jeremías (6): *Si el marido echare a la mujer de su casa, y después de así echada se juntare con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido, y con todo eso vuélvete a Mí, dice el Señor, yo te recibiré*.

Es fidelísimo Dios a sus justos, amándolos con tal singularidad, como si no hubiera otras criaturas en el mundo. A los pecadores está tan lejos de amar en cuanto son tales, que los aborrece por la contrariedad y desemejanza que tienen con los justos y amigos; a las demás criaturas, la benevolencia que las tiene no es de amor amigable; y ésa es por los que están en gracia o han de estar. Porque no hace Dios caso de otra cosa; de la gracia, muchísimo; por ella atropella con las demás cosas; turbará los elementos, asolará los campos, destruirá ciudades, acabará con reinos enteros, por conservar o aumentar la gracia a sus justos o darla a uno de sus escogidos. ¿Cuántas cabezas de reyes ha segado la muerte? ¿Cuántas provincias ha despoblado la peste? ¿Cuántos ejércitos ha destrozado y consumido la guerra? Todo dispuesto por Dios para bien de

sus hijos y amigos; porque más vale en sus ojos un justo por la gracia, que un mundo de hombres por la naturaleza. Ni la luz de las estrellas, ni la hermosura de los cielos, ni la armonía de los elementos, ni la vida de lo vegetal, ni el sentido de lo animado, ni el discurso de lo racional, ni la agudeza de lo intelectual agradan a Dios, si no es por los que están en gracia, para que todo sirva a su bien y provecho ¿Qué más fineza de amor que lo que dijo el mismo Dios a Santa Gertrudis por la gracia con que estaba hermo-seada?: «Yo, ni en el cielo ni en la tierra hallo cosa en quien me deleite sin ti; porque todo el contento que en ti tengo, es por el amor que en ti he puesto.» Este amor era de esposo y de amigo, y todo singular.

4. Ultimamente, en el cuarto grado de amor, que es ser *insaciable*, es extremada la caridad de Dios, que no se harta de amarnos y hacernos bien, no se satisfaciendo aún con la misma infinidad. ¿A quién no maravilla que, después de tales extremos de amor como hizo el Hijo de Dios, dijo en lo último de su vida que *tenía sed*, no por cierto de algún regalo para sí, sino de alguna mayor pena y fineza para nuestro bien? ¿Qué es esto, Señor, que aun cuando dais la vida por nosotros, y vida de valor infinito, tenéis deseo de dar más? ¿Qué es esto, que aun después de muerto convino se abriese vuestro costado, para desahogarse vuestro corazón? ¿No basta por una criatura haber hecho infinito para satisfacerse vuestra caridad, sino que aún tenéis sed? ¿Aún no os deja quedar satisfecho vuestro amor? ¿Tan gran fuego es, que así os deseca y abrasa? ¿Tan ferviente y encendido es, que tantas aguas de tribulaciones no le han refrigerado, sino que aún tenéis sed, y os estáis abrasando?

Acordaos, Señor, de lo que habéis hecho por amor: criasteis cielo y tierra, y cuanto en ello hay, para el hombre; obra es ésta para quedar satisfecho, pues vuestra omnipotencia ocupasteis